

Narrativa boliviana contemporánea, el problema de la representación nacional en tiempos de diversificación hacia adentro y hacia fuera

SEBASTIÁN ANTEZANA QUIROGA
Syracuse University

Una mirada integral de la historia de Bolivia permite reconocer que, prácticamente desde su fundación, en 1825, la literatura del país ha estado comprometida con sus transursos y avatares políticos. Sobre todo desde finales del siglo XIX, tras el final de la llamada Guerra del Pacífico en la que Bolivia perdió su salida al mar con Chile —momento crucial en el que se empieza a constituir la institucionalidad del Estado y empieza a generarse una idea de nación aglutinadora—, este compromiso de la literatura —en realidad de los intelectuales públicos que conformaban la esfera letrada— con la política se solidificó y se transformó tácitamente en un sistema de retroalimentación continua.

El evidente clima de cambio que se respiraba en el país durante la transición entre los siglos XIX y XX no pasó desapercibido para estos letrados. Como indica el crítico Javier Sanjinés, al estar profunda-

mente involucrados en la construcción de la nación, estos letrados “pudieron representar la realidad pública sin ser realmente verdaderos historiadores, sociólogos o científicos sociales. Ellos eran, en cambio, ‘hombres de letras’ que estaban en relación simbólica con su tiempo” (2013: 149).¹ Así, ni “historiadores” ni “sociólogos”, para estos hombres de letras una actividad pública, la política, estaba íntimamente asociada con otra, la escritura. Más aún, para ellos escribir la política era la única forma de procesarla, de entenderla. Es por eso que mucha de la mejor y más relevante narrativa boliviana de inicios del siglo xx adopta la forma del ensayo. Entendidos de modo abierto, estos ensayos “no eran investigaciones sociológicas ni documentos históricos dirigidos expresamente a explicar la realidad”, según señala Sanjinés. Al contrario, que se oficializaron y particular desde principios de siglo xxi, y en especial desde los profundos cambios sociopolíticos “eran representaciones de la realidad generadas en imaginarios sociales” (150). O, como afirma la crítica Blanca Wiethuchter, eran narrativas concebidas “como un proyecto de denominación” ligadas a “un proyecto de formación de la conciencia nacional” (1985: 167). Esta afición por la representación es clave pues pone en claro, al mismo tiempo, la voluntad representativa y el carácter representacional de esta escritura. Es decir, por un lado, una conciencia deseosa de representar a una comunidad, a un grupo humano que se estimaba de carácter nacional, aunque claramente no lo era,² y por otro un régimen simbólico, metafórico, imaginario.

Desde luego, mucho ha cambiado desde inicios del siglo xx hasta esta segunda década del siglo xxi, tanto en lo que se refiere a la conciencia como a la literatura nacional de Bolivia. En esa línea, lo que el presente ensayo se propone hacer es marcar el modo en que la relación nación-narración adquiere un tono muy particular desde principios de siglo xxi en Bolivia, en especial desde que se oficializaron profundos cambios a nivel sociopolítico y del imaginario colectivo desde la toma de posesión del primer presidente indígena en el poder, y la conformación del Estado plurinacional de Bolivia. Estos cambios, como se mostrará en lo que viene, son cambios de

1 Todas las citas de Sanjinés están traducidas por mí.

2 De acuerdo a Herbert Klein, el nivel de alfabetización de la población boliviana en 1900 era solo del 17%, por lo que la mayoría de las personas permanecían alejadas de la esfera letrada.

perspectiva política relacionados con la tarea representativa y representacional de la narrativa contemporánea; son cambios en cuanto a las temáticas y al público al que apunta esta narrativa; y son cambios que responden a una creciente descentralización de los centros productores de los discursos narrativos.

1.

Los ensayos fundacionales de la nación boliviana son representaciones simbólicas de cómo ciertos grupos y clases sociales se reproducían, ya sea prolongando o desafiando la hegemonía del poder político. Así también, otra vez con Sanjinés, “entre realismo y representación, lo que importaba más que los hechos en sí mismos era la forma en que se organizaban” en estos ensayos, siempre teniendo en cuenta que “las naciones no eran realidades objetivas sino inventos individuales y colectivos” (150). Así, el carácter imaginario y siempre en transformación de la incipiente nación boliviana, durante la bisagra entre los últimos días de mil ochocientos y los primeros de mil novecientos, fue el tema privilegiado de los letrados bolivianos.

Sanjinés no es el único ni el primero en notarlo. Varias otras respuestas críticas latinoamericanas al famoso marco interpretativo de Benedict Anderson —la nación como una “comunidad imaginada”— produjeron la evidencia de la nación y lo nacional como productos diseñados. Ángel Rama, por ejemplo, desde una esquina diferente del diálogo múltiple sobre los nacionalismos, también llama “letrados” a los grupos dedicados a la producción de la entelequia nacional, hombres de letras que poblaron, diseñaron y dirigieron los centros urbanos del continente, como La Paz, y que desde allí empezaron a imaginarlo y a proyectar el primer espectro de lo que serían naciones como la boliviana.

Desde esa atalaya privilegiada, los cambios llegados con el inicio del siglo xx a Bolivia fueron significativos: el Partido Liberal se afirmó en el poder y empezó a gobernar el país con voluntad modernizadora bajo la batuta de los barones del estaño³ (1899), se decretó el liderazgo de La Paz sobre el resto de las ciudades

3 Voluntad modernizadora, sí, aunque todavía bastante tradicional en varios sentidos, como en el trato al indígena y a la visión estatal sobre la propiedad de la tierra.

de Bolivia (1899), se instituyó una primera reforma educativa a nivel nacional (1904-1917), se propuso oficialmente la libertad de culto (1905), se fundaron las tres primeras escuelas normales para maestros (1909-1916), se legalizaron el matrimonio civil y el divorcio (1911), se reafirmó una estricta separación entre Iglesia y Estado (1911) y el país adhirió formalmente a las elecciones democráticas (hasta que en 1920 el recién formado Partido Republicano se adueñó del poder mediante un golpe de estado blanco).

Contra ese telón de fondo, quizás promisorio, incluso si solo para un reducido sector de la población, ejerció un grupo de letrados que puede considerarse como la primera generación verdadera de escritores bolivianos, aquella que clausuró el siglo XIX e inauguró el XX bajo las banderas de una modernidad desbocada y desigual, que contaba, como indica la revista *Kollasuyo*, con escritores que cultivaban “el ensayo, la crítica, el cuento y aun el poema en prosa” (1970: 54). Esta generación, que comenzó a escribir alrededor de 1900, vivía una época de grandes transformaciones, un momento en el que un nuevo espíritu suplantaba a otro o, en términos sociopolíticos, en el que el paradigma del Estado-nación empezaba a consolidarse en Bolivia. Así,

a un mundo conservador, de costumbres antañonas y rancia prosapia, de mentalidad clásica y buen decir castellano, pero donde la frailería se colaba a los hogares y los cabildeos de sacristía influían en la política y en la situación social, sucedía un espíritu positivista y librepensador, que demandaba el progreso, la relación sin restricciones de la industria y del comercio con el resto del mundo; una mentalidad anticlerical que luchaba por la libertad de cultos, la enseñanza laica, el matrimonio civil y el divorcio (1970: 54).

En ese panorama cambiante, a medio camino entre el formalismo tradicional y la visión a futuro de una sociedad lanzada hacia el progreso, los narradores se dieron a una tarea que desde entonces devino en una suerte de marca registrada de la clase intelectual boliviana: la de desentrañar la nación, la de explicar un país que para ellos era todavía un estado colonial, marcado por relaciones de verticalidad y en el que la idea de modernidad era al mismo tiempo una amenaza y un avance disparate. Desde luego, el cambio sociopolítico nunca es total ni simultáneo sino progresivo, pleno de retrocesos y contradicciones, e incluso a veces de aberraciones, por

lo que el modelo de país que nacía a principios de mil novecientos estaba infestado por varias de las grandes plagas heredadas de la colonia: el racismo, la desigualdad, la corrupción, el oportunismo, etc. Plagas todas que mutaron, fueron combatidas e incentivadas por igual a lo largo de los años desde entonces y que hoy permanecen incólumes en el escenario boliviano.

Bien, ¿y a qué todo esto? Pues para comprender la actualidad narrativa boliviana (o tratar de esbozarla más allá de la estridencia de la experiencia inmediata) habría que comprender el pasado, los hitos de su historia, ya que, como señala Wiethuchter, al proyecto político de la nación le corresponde “el de una literatura boliviana que asume como una de sus tareas fundamentales la de nominar esa nación” (1985: 166). Esa tarea no hizo sino hacerse más evidente durante el siglo xx, ya que los grandes hitos históricos de esos años encuentran un correlato literario que a momentos les sigue el paso y en otros los complementa. La historia política boliviana del siglo xx, turbulenta e inestable como la de los demás países latinoamericanos, estuvo marcada por cuatro grandes crisis: la llamada Guerra del Chaco contra el Paraguay, ocurrida a principios de la década del treinta; la Revolución Nacional, que se inició en 1952; la guerrilla, que combatió al gobierno militar que puso fin a la Revolución Nacional; y los golpes militares que ocurrieron desde 1971 hasta 1982, año en que se reinstuyó la democracia que en Bolivia dura hasta hoy. Las cuatro crisis redefinieron al país radicalmente y de formas distintas, crearon cada vez un país nuevo y produjeron —debido al peso que lo social tiene en la crítica literaria que así lo considera— un correlato literario que las acompañó y que ha seguido tratando de explicarlas y problematizarlas en los años posteriores.

Este hecho obedece, claro, a la histórica vinculación que los movimientos literarios bolivianos tienen con el proyecto nacionalista. Así, por ejemplo, hay una nutrida tradición de narrativa boliviana que trata el conflicto bélico con Paraguay (1932-1935). Hay también una copiosa producción de narraciones y ensayos que —algunos refiriéndose directamente a ella y otros asumiéndola de forma menos visible— dan cuenta de los motivos y consecuencias de la Revolución Nacional (1952).⁴ Existe del mismo modo una desta-

4 La Revolución Nacional, considerada problemática, eliminó el derecho terrateniente, declaró una profunda reforma educativa, universalizó el voto y trans-

cada producción literaria sobre el breve periodo de la guerrilla del Ñancahuazú, en el que el grupo armado comandado por Ernesto Guevara luchó contra el gobierno boliviano, capturando y potenciando así la imaginación nacional (1966-1967). Y, finalmente, hay también cierto número de libros que desde la literatura tratan las dictaduras militares (1964-1982). Y después, como indica el estudioso Martín Zelaya, y como se explicará en breve, vendría un momento de “despolitización” literaria (2017: 124).

2.

Sin embargo el discurso literario boliviano no necesariamente funcionó como correlato de la realidad sociopolítica. También es posible pensarlo como un mapa, un simulacro en el sentido que Baudrillard le da al término. Es decir, como un discurso que, si se piensa en términos de nacionalidad, no resulta una representación del país sino el país mismo, un lenguaje entre geográfico y ficcional que, al ser pensado desde una óptica identitaria, no solo no recrea al país, con posterioridad, sino que muchas veces lo anticipa, lo precede con anterioridad, como el relámpago que precede al trueno y lo determina. Podemos ver varios ejemplos de esto a lo largo de la tradición narrativa boliviana.

Un ejemplo. El relato de las rebeliones indígenas del occidente del país, destinadas a recuperar la tierra para los indios, fue contado, como es bien conocido, por Alcides Arguedas en su polémica novela *Raza de bronce*, publicada en 1919, muchos años antes de que la revolución nacional se constituyera en la rebelión final y restituyera, en buena medida, las tierras, los territorios antes ocupados por hacendados y haciendas, a sus propietarios originales, aquellos que serían capaces de organizar nuevas geografías a partir de ellos.

Otro ejemplo. En 1936 Augusto Céspedes escribió el cuento “El pozo”, contenido en el libro *Sangre de mestizos*, y con el relato que allí

formó al indígena, históricamente relegado en Bolivia, en un miembro más de la sociedad. Sin embargo, instituyó también una dinámica de creciente verticalidad entre Estado y sociedad que eventualmente alcanzó su mayor grado de tensión durante la década de los sesenta, cuando surgió la guerrilla, y que se rompió del todo con las dictaduras militares.

hace de un grupo de soldados desesperados que se hunden en la tierra en una búsqueda infructuosa de agua, se anticipa con varias décadas a los vacíos y los callejones sin salida que se harían parte del espíritu nacional desde la derrota en la Guerra del Chaco, en la que Bolivia se aniquiló con Paraguay.

Otro ejemplo más. Las historias de la fascinación política, y la sexualidad mercantilizada que mujeres campesinas ejercen sobre jóvenes ciudadanos de clase media alta en novelas como *La candidatura de Rojas*, publicada en 1909 por Armando Chirveches, y *La Chaskañawi*, publicada en 1947 por Carlos Medinaceli, se adelantaron también con varias décadas a la magnética seducción que a principios del nuevo milenio el movimiento indígena campesino ejerció sobre el país, incluso sobre sus clases medias y altas, sobre todo sobre sus clases medias y altas, y que se concretó en el gobierno que Bolivia tiene hoy y que ha intercambiado el espíritu nacional por el plurinacional.

Pero la narrativa boliviana, ciertamente, no es solo un mapa especulativo que apunta al futuro, no es solo el discurso que, desde la ficción, termina por constituir la realidad nacional en un consistente ejercicio de clarividencia. Hay varias más cosas en ella que no apuntan solo al futuro sino que se dedican a poner en crisis su presente. Así surgen algunas preguntas inevitables: ¿cómo está conformado el mapa de la narrativa boliviana contemporánea? ¿Cómo definir las múltiples reconfiguraciones de una criatura tan móvil y cambiante? ¿Qué es, a fin de cuentas, la narrativa boliviana hoy, en su actual configuración, y cómo se diferencia de la de ayer? Para responderlo hay que analizar las actuales coordenadas sociopolíticas del país.

Hoy, a principios del siglo *xxi*, el panorama boliviano experimenta un nuevo drástico cambio de paradigma y se pasa, por lo menos en forma discursiva, del modelo neoliberal a un socialismo de estado de orientación indigenista. Después de tres décadas de predominio en el imaginario social boliviano, el “nacionalismo revolucionario”, y la versión homogeneizadora del mestizaje como realidad étnica nacional, cayeron en una profunda decadencia política y moral. Este giro, anunciado por dos conflictos que inauguraron el siglo *xxi*, las llamadas Guerra del Agua (2000), en Cochabamba,⁵ y

5 Según señala Sanjinés, los primeros meses de 2000 vieron a la ciudad de Cochabamba, ubicada en el centro del país, convertida en el epicentro de una de las más importantes rebeliones sociales en América Latina en nuestro tiempo,

Guerra del Gas (2003), en La Paz,⁶ anuncia el desgaste en apariencia final de un modelo que había sostenido a la Bolivia democrática por lo menos durante la segunda mitad del siglo pasado. En ese sentido, la votación nacional por Evo Morales, el primer presidente indígena de Bolivia y de Latinoamérica, en el año 2005, marca el inicio de un nuevo periodo político y social.

Posteriormente, en 2009, como fruto de este cambio de dirección política que empezó a vivir el país en 2005, se institucionalizó una nueva narrativa de carácter oficial, una nueva constitución política, que redefinió las concepciones comunitarias fundamentales de la bolivianidad.⁷ Quizás uno de los cambios más evidentes propuestos por el nuevo texto constitucional se concreta en el cambio de nombre del país, de República de Bolivia a Estado Plurinacional de Bolivia. Mientras pretende alejarse de antiguas concepciones unitarias, la nueva denominación alude a la organización política y jurídica de varias naciones regidas por un solo gobierno representativo y sujetas a una sola ley común. Este giro, además de hacer efectiva una rearticulación de clases y de proyectar una nueva relación del país con la Historia y la historia de la colonización y la soberanía, exige una recomposición del ser nacional en varios niveles. Si se acepta que el estado republicano, descendiente o consecuencia

la Guerra del Agua. Entre enero y abril de ese año, la Coordinadora del Agua y de la Vida, una nueva organización sin precedentes institucionales, se formó y se opuso con éxito a la privatización del sistema de agua de la ciudad bajo una ley neoliberal aprobada a fines de 1999, que habría transformado el agua de un bien público en una mercancía.

- 6 Según Garay Vera y Mendoza Pinto, la Guerra del Gas fue una insurrección social, que se aglutinó bajo la exigencia externa de nacionalizar los recursos gasíferos, descubiertos en los departamentos bolivianos de Tarija y Santa Cruz. La insurrección se desencadenó en septiembre de 2003, “cuando el presidente Gonzalo Sánchez de Lozada buscó negociar la exportación de gas a México a través de un puerto chileno”, lo que desató una generalizada confrontación popular contra el gobierno. Esto se debió “a que el gas natural encontrado en el pozo Margarita tenía que ser exportado al mercado norteamericano (por) Chile, lo cual provocó malestar por el pasado histórico de ambos países. Los habitantes de la ciudad de El Alto, fueron los primeros que se alzaron [...]. En octubre de ese año, cuando las fuerzas policiales y del ejército, bajo órdenes del ministro de defensa, Carlos Sánchez Berzaín, reprimió a la población [...]. Tras ello, Sánchez de Lozada se asiló en Estados Unidos (2015: 118).
- 7 La *Nueva Constitución Política del Estado* de Bolivia es el decimoséptimo texto constitucional del país. Entró en vigencia el 7 de febrero de 2009.

del estado colonial, no es capaz de producir narrativas y contenidos nacionales ya que no es producto de un acontecimiento constitucional y su legitimidad se da fuera del espectro de lo verdaderamente representativo, es claro que el establecimiento de la nacionalidad no se ordena bajo los parámetros de una articulación estatal sino, al contrario, la articulación estatal se lleva a cabo siguiendo los contenidos que emergen en la recomposición de una nación.

En ese sentido, habría que preguntarse ¿cómo se constituye lo de “Estado Plurinacional”? Para responderlo primero habría que ver qué es, según la narrativa oficial de la nueva Bolivia, una nación. Dice la constitución: “Es nación y pueblo indígena originario campesino toda la colectividad humana que comparta identidad cultural, idioma, tradición histórica, instituciones, territorialidad y cosmovisión, cuya existencia es anterior a la invasión colonial española” (Art. 30, numeral I). Más allá de las múltiples definiciones existentes de la figura del estado, un Estado Plurinacional, si podemos nosotros aventurarnos a decirlo, sería entonces una forma de organización soberana, política, social, cultural y económica, compuesta por un conjunto de naciones que comparten rasgos identitarios y un territorio determinado.

Volvamos al texto de la constitución. Allí, en sus primeras páginas, se indica que el Estado Plurinacional de Bolivia “se sustenta en los valores de unidad, igualdad, inclusión, dignidad, libertad, solidaridad, reciprocidad, respeto, complementariedad, armonía, transparencia, equilibrio, igualdad de oportunidades, equidad social de género en la participación, bienestar común, responsabilidad, justicia social, distribución y redistribución de los productos y bienes sociales, para vivir bien” (art. 8, numeral 2).

Quizás el concepto básico que puede extraerse —ciertamente pecando de reduccionismo— de esta seguidilla de valores, es el de horizontalidad. La “complementariedad”, el “equilibrio”, la “distribución y redistribución de los productos y bienes sociales”, la “igualdad”, la “unidad” y la “inclusión” apuntan hacia él. Y en este punto —y, otra vez, forzando un poco las cosas— se podría tender un puente entre el modelo de Estado boliviano que empieza a cambiar en 2006 y que se concreta en 2009, y la controversial noción andersoniana de que las naciones son comunidades constituidas por vínculos de horizontalidad. Y sin necesidad de recurrir a ella, podríamos decir que hoy, en 2019, al igual que cien años atrás, habría

que considerar que si la nación que empezó a cambiar en 2006 es verdaderamente otra nación, o más bien un conglomerado de naciones regidas bajo el modelo del Estado Plurinacional, esta nueva comunidad estaría representada por, y representada en, lo narrativa de este periodo.

Ahora bien, vale la pena mencionar que mientras escribo estas líneas el gobierno boliviano que se originó en la votación de 2005 acaba de dejar el poder. Pero sin necesidad de tomar en cuenta este suceso absolutamente reciente mientras escribo, el pretendido derrocamiento del capitalismo que se festejaba con la primera victoria de Morales se comprobó falso o, por lo menos, parcial, pues el MAS —el partido gobernante de Bolivia desde enero de 2006 hasta noviembre de 2019—, como indica Sanjinés, estuvo sistemáticamente impulsado por un “capitalismo de Estado” y motivó que “la producción de un nuevo horizonte de autogobierno comunitario esté cada día más lejana”. Más allá aún, distanciado pocos años después de su entrada al poder de buena parte de las naciones campesinas indígenas del país, “que recurren a sus costumbres y tradiciones para defenderse del mismo Estado Plurinacional” que debía cobijarlas y que en lugar de ello “se vuelve más invasivo y autoritario”, el modelo de estado boliviano “contraviene las normas de su propia constitución” (Sanjinés 2013: 167).

Este es un punto paradigmático a partir del cual, quizás, se pueden leer los derroteros que han tomado las narrativas bolivianas contemporáneas, la constitución de la plurinacionalidad que, en los trece o catorce años desde que fue instituida, empieza a dar sus primeros frutos, algunos dulces, otros amargos. Así, de la misma forma en que críticos como Blanca Wiethuchter señalan que algunas de las principales pulsiones sociopolíticas y ficcionales canalizadas por la comunidad letrada de principios del siglo xx pueden expresarse de manera privilegiada en el trabajo de tres escritores seminales,⁸ propongo un grupo un poco más diverso, de nueve escritores, para

8 “Los tres novelistas de principios de siglo (Armando) Chirveches, (Alcides) Argedas y (Jaime) Mendoza, pueden ser considerados como los fundadores de los territorios sobre los que una y otra vez volverán los escritores: el pueblo/ciudad, el campo y las minas. Pero también el gesto testimonial de sus obras —el fraude electoral, la vida en las minas, la violencia y la injusticia en el campo— es índice de un continuo y reiterado referente” (Wiethuchter 1985: 167).

tratar de vislumbrar las geografías por donde se mueven las narrativas contemporáneas. Y cuando me refiero a geografías me refiero no solo a los espacios físicos que ocupan sus obras, los territorios sobre los que escriben, sino también el mapa imaginario, o la hoja de ruta imaginaria, que conforman con el conjunto abigarrado de sus obras. Estos escritores, son los que considero los más representativos para el periodo 2005-2019 por el alcance nacional e internacional de sus obras, por el hecho de que, en este poco tiempo, han tenido resonancias críticas evidentes y algunos, incluso, han llegado a crear una escuela, y porque su obra en conjunto constituye una compleja posible geografía —física e ideológica— de los actuales derroteros de la narrativa boliviana. Estos narradores son: Alison Spedding, Adolfo Cárdenas, Edmundo Paz Soldán, Magela Baudoin, Giovanna Rivero, Wilmer Urrelo, Juan Pablo Piñeiro, Rodrigo Hasbún y Lilianna Colanzi. Me referiré al trabajo de algunos ellos *grosso modo* en lo que viene, en algunos casos ofreciendo una mirada conjunta a parejas de autores que, considero, tienen propuestas narrativas afines.

3.

La elección de estos escritores pasa, por un lado, por el reconocimiento crítico que todos ellos tienen, aunque en distintos grados, dentro y fuera de Bolivia, y porque como indica el estudioso Martín Zelaya “pueden considerarse como abanderados de una renovación estética de la narrativa nacional” (2017: 124).⁹ Ahora bien, ¿en qué consiste esta renovación estética? Desde luego, en una renovación política. Al respecto vuelve a comentar Zelaya que “la toma de distancia respecto a la literatura comprometida” que tiene la nueva narrativa boliviana “se empieza a notar en el cambio de enfoque, mentalidad y prioridad de los textos” (134). Es decir que, por un lado, una de las características de una nueva narrativa boliviana se-

9 Zelaya es uno de los propulsores de la idea de que actualmente hay una “renovación, visualización y profesionalización” de la narrativa boliviana, que responde a “el boom de editoriales, la consolidación de ferias del libro” a nivel nacional, el establecimiento de “bibliotecas y colecciones recopilatorias” organizadas y auspiciadas por el estado, la multiplicación de “premios y concursos nacionales”, la proliferación de “encuentros” de escritores, etc. (2017: 119)

ría una suerte de desapego político —o un compromiso menos rígido con la tarea política de la representación— y, por otro, este desapego tendría que ver con un cambio conjunto de perspectivas y temáticas en los textos. Bien, si ese cambio existe en efecto —y es difícil juzgar con certeza lo que ocurre ahora mismo por falta de distancia crítica—, ¿cuál es?, ¿cómo se da?, ¿cuáles son las estrategias simbólicas a las que recurren estos narradores para proponer nuevos espacios bolivianos y nutrirlos de un motor afectivo que dialogue con dinámicas identitarias?

Para empezar a responder estas preguntas es necesario indicar que otra de las marcas características del actual momento narrativo boliviano tiene que ver con una descentralización de la matriz productora de ficción. Desde fines del siglo XIX hasta prácticamente los años noventa de la década pasada, la sede de gobierno boliviano, la ciudad de La Paz, era el único núcleo que concentraba a los discursos del país. Tanto a nivel literal como a nivel simbólico, La Paz era el escenario por excelencia de las narraciones bolivianas, pero durante los últimos veinticinco años eso ha ido cambiando y varias otras ciudades, con propuestas narrativas propias, han emergido en el panorama nacional. Así, es posible hablar hoy de cadenas narrativas formales —compuestas por escritores, editores, editoriales, imprentas, librerías, presentaciones, ferias, concursos y lectores— en ciudades como Santa Cruz, Cochabamba, Sucre, Tarija, Potosí, El Alto, por nombrar solo siete de las diez ciudades capitales de Bolivia. Estas nuevas condiciones de producción, además, han generado una narrativa mucho más diversa, susceptible de ser analizada desde su especificidad regional, amén de haber generado también imaginarios propios y señas de identidad narrativas que diferencian a unas de otras. Para comprobarlo basta con echar un vistazo al estudio *Literatura y democracia*.¹⁰ En él podemos comprobar que en el periodo democrático, que va desde los años 1983 hasta 2009, se publicaron 522 libros de cuentos en Bolivia. Cincuenta y seis (56)

10 Publicados por la editorial Gente Común, el Departamento de Interacción, Postgrado e Investigación Social, la Carrera de Literatura y el Instituto de Investigaciones Literarias, a fines de 2011 salieron a la luz los dos tomos del estudio *Literatura y democracia. Novela, cuento y poesía en el periodo 1983-2009*, llevado a cabo por un equipo compuesto por los coordinadores Omar Rocha Velasco y Cléverth Cárdenas.

libros fueron publicados entre 1893 y 1989, ciento noventa y siete (197) entre 1990 y 1999, y doscientos sesenta y dos (262) entre 2000 y 2009.¹¹ Como puede comprobarse, el número de publicaciones ha ido creciendo de forma casi exponencial, ya que los libros de cuentos aparecidos durante una década prácticamente doblan en cantidad al de la década anterior. Si asumimos, entonces, que el crecimiento editorial se mantuvo en la misma línea hasta entrada la segunda década de este siglo, estamos ante un panorama cuentístico en plena ebullición, por lo menos en cuanto a cantidad de publicaciones se refiere.

Así, a medida que el país literario se ha ido diversificando hacia adentro, acatando la propuesta constitucional de la plurinacionalidad, lo ha hecho también hacia fuera, exportando narradores y poetas a muchos lugares del mundo en forma de lo que la escritora y crítica Giovanna Rivero llama un “imparable proceso de internacionalización”, sostenido en “la voluntad de crear redes, tejidos y diálogos con campos culturales de otros países, pero en su dimensión más profunda gatillado por una conciencia distinta de la literatura, es decir, por un cambio de paradigma” (2017: 154). Esa diversificación hacia adentro y hacia fuera, entonces, estaría motivada por un doble reconocimiento de que no existe un único modo del nacionalismo sino muchos, y que todos ellos se encuentran en un sistemático fluir hacia otras comunidades, coordinadas geográficas, tiempos, etc. Por otro lado, la diversificación hacia adentro y hacia fuera se da no solo a nivel geográfico o respecto a formas variables de concebir estructuras comunitarias, sino también a nivel conceptual, temático.

Como dato quizás importante, se debe añadir que Edmundo Paz Soldán, Liliana Colanzi, Rodrigo Hasbún, Magela Baudoin y Giovanna Rivero —es decir, cinco de estos nueve narradores— viven fuera de Bolivia. Y esto se replica con varios otros importantes narradores bolivianos, como Guillermo Ruiz, Claudio Ferrufino-Coqueugniot, Cristina Zabalaga, Fabiola Morales, Natalia Chávez y otros —me incluyo en esta categoría porque, generalmente las lecturas que consideran la “diáspora” de escritores bolivianos me toma en cuenta—. En muchos casos, esta internacionalización de los narradores boli-

11 Vale la pena remarcar el hecho de que la ciudad que produjo más libros de cuentos durante los años 1983-2009 es La Paz, que cuenta con 284 publicaciones.

vianos obedece a motivos de estudio y trabajo generalmente académico, ya que todos o casi todos los escritores mencionados estudian o trabajan en universidades de Estados Unidos y Europa. El motivo, según Rivero, es claro: “a causa de la necesidad de profundizar en un conocimiento teórico que me permitiera comprender mejor los intersticios de los operativos culturales, el modo en que los cánones y las tradiciones se construyen y sus flexiones de inclusión/exclusión organizan la ‘verdad histórica literaria’, consideré que el sistema académico de Estados Unidos constituía una salida” (2017: 158). Desde luego, la pregunta se impone, ¿una salida a qué? Quizás al hecho de que, a pesar de gozar de buena salud, de ser investigada a nivel regional y desde el norte global, y de llamar la atención de lectores de todo el mundo quizás por la relevancia de su presente político plurinacional, la literatura boliviana contemporánea está marcada por innumerables vacíos y silencios.

Si hacemos un par de rápidas anotaciones sobre las condiciones de producción de la narrativa actual, podemos ver, primero, que en Bolivia no existe una industria cultural. La cultura siempre ha sido un quehacer artesanal, individual, autogestionado y que casi no genera ganancias. En Bolivia casi no hay instituciones que apoyen la práctica literaria. Todo lo que hay se reduce a encuentros de escritores (no más de diez al año), ferias del libro (que se hacen a nivel nacional pero que están llenas de múltiples falencias), unos cuantos concursos literarios (algunos muy cuestionables) y poco más. Segundo, en Bolivia solo existe una carrera de literatura, en La Paz, en la Universidad Mayor de San Andrés, y solo existe un espacio que ofrece la especialidad de “escritura creativa” como materia de postgrado, la Universidad Privada de Santa Cruz, en la ciudad más poblada del país y en la que solo hay tres librerías. Tercero, en Bolivia hay quizás diez editoriales consolidadas que se dedican a publicar literatura —Plural, 3600, El Cuervo, Kipus, La Hoguera, Correvidile, Nuevo Milenio, Tata Danzanti— y no hay presencia local, subsidiarias, de los grandes sellos editoriales en español. Hay, fuera de ello, algunos emprendimientos nuevos y todavía menores, y algunas editoriales cartoneras.

En Bolivia la “industria” del libro es una criatura pequeña. Ninguna editorial produce libros de ficción de un tiraje mayor a los dos mil o dos mil quinientos ejemplares como mucho. Un *best-seller* boliviano seguramente no pasa de los cinco o seis mil ejemplares vendidos,

cuando uno de un país vecino —Colombia, Perú, Brasil, etc.— sobrepasa largamente los treinta, cuarenta o cincuenta mil ejemplares. Eso porque en Bolivia —lo muestran las cifras oficiales de la región— la gente no lee narrativa de ficción; en realidad, ni siquiera lee. En el informe *El libro en cifras. Boletín estadístico del libro en Iberoamérica*, realizado en 2012 por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y El Caribe (CERLAC), se ve que, mientras el índice del promedio de libros leídos al año en Hispanoamérica lo encabeza España, seguida de Chile, Argentina, Brasil y México, Bolivia ni siquiera aparece en la lista o aparece con un porcentaje de 0%.

Por otra parte, si pensamos en el papel de las nuevas tecnologías en la producción y recepción de textos bolivianos, podríamos decir que apenas afectan el panorama editorial y literario. Su impacto es reducido y poco difundido pues Bolivia, a pesar de sus importantes avances tecnológicos e industriales, producto de un sistema económico muy cuidado del estado plurinacional, es un país en el que todavía buena parte de la población carece de acceso a Internet y solo un muy reducido número de personas lo utiliza como medio de lectura. Un informe del periódico cochabambino *Los Tiempos*, de mayo de 2019, señala que

Bolivia ocupa el sexto lugar en acceso a internet entre los países latinoamericanos, según un informe de la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT) y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco)". De acuerdo a un boletín de prensa de la Autoridad de Regulación y Fiscalización de Telecomunicaciones y Transportes (ATT), desde 2017 Bolivia comenzó a ocupar el sexto lugar en el número de conexiones a internet por cada 100 habitantes en una comparativa de 17 países latinoamericanos.

Estos números que hablan de un buen momento de las telecomunicaciones y las conexiones no se corresponde, sin embargo, con la realidad. Eso se debe a que si bien Bolivia ha experimentado un crecimiento anual del 5% entre 2004 y 2015, y la pobreza moderada en el ámbito nacional se ha reducido del 59% al 39%, en el ámbito social persisten marcadas desigualdades de bienestar entre zonas rurales y urbanas, entre hombres y mujeres, y entre población indígena y no indígena. Fuera de ello, como señala el sociólogo Jorge Komadina, “el 43% de los ciudadanos que habitan en La Paz, Cochabamba y Santa Cruz afirma que no ha leído nin-

gún libro al año. El 37,9 % leyó entre uno y tres libros. Solamente el 3,2 % de esa población lee más de 12 libros al año. Preferimos leer libros *non fiction* que novela, poesía, cuento, teatro. Leemos más periódicos que libros, a pesar de la expansión de los medios audiovisuales” (*La Razón*).

Fuera de eso, es difícil decir si el desarrollo tecnológico de las últimas décadas ha impactado de forma directa las maneras de construir y leer nuestras narrativas más allá de la anécdota, pero sí ha afectado las condiciones de producción de los narradores actuales y, por lo tanto, el tono y forma de sus historias. Este gesto, además, ha profundizado lo que llamaba la diversificación, hacia adentro y hacia fuera, de los intereses y los gestos de los narradores bolivianos contemporáneos y la compartimentación de sus temáticas y estilos. Es decir, lo que Wiethuchter llama “un proceso de individuación” (1985: 167) que se origina en los grandes acontecimientos históricos de la Bolivia del siglo xx —la Guerra del Chaco, la Revolución Nacional, las guerrillas y las dictaduras militares— y que se concreta en la Bolivia plurinacional, hacia adentro y hacia fuera, del nuevo milenio.

Así, hoy hay pocos grandes temas o líneas narrativas visitadas con especial frecuencia. Lo único que podría considerarse como un denominador común de ciertos autores es un abandono compartido de la óptica sociológica y la militancia política —grandes personajes de buena parte de la narrativa boliviana del siglo xx— y una especial atención, en su lugar, en un espacio todavía atravesado por la política pero no definido por ella, un centro neurálgico en el que intervienen por igual pulsiones afectivas e ideológicas: las relaciones sociales. Como señala la crítica Magdalena Almada González,

analizando brevemente la producción de principios de siglo xxi, se observa la imposibilidad de hablar de núcleos sociales que no sean conflictivos; a la problemática de la ausencia de unicidad social y de referentes vinculados a lo nacional que se presenten como irrefutables y que sostengan la idea de lo nacional en Bolivia, hay por parte de los jóvenes narradores un abandono de las lecturas del pasado, una falta de voluntad para revisar la historia de lo literario. Lo nuevo en la narrativa boliviana mira para adelante y está despojado de cualquier valor vinculado a lo nacional (2012: 224).

4.

Esta misma diversificación hacia adentro y hacia afuera también explica que una de las principales narradoras bolivianas, de La Paz, en la actualidad, sea la escritora inglesa bolivianizada **Alison Spedding** (1962). En la obra de Spedding se puede ver el mismo mundo indígena y campesino que ocupa buena parte de la narrativa boliviana del siglo xx, pero desplazado, tensionado entre un polo de profundo realismo y otro de plena especulación y entrega a modos menos tradicionales para tocar lo que en Bolivia —y en varios otros países de Latinoamérica— ha sido denominado “el problema del indio”, como la ciencia ficción y la fantasía. Así, los espacios en que transcurre su narrativa son múltiples, desde la arquetípica altiplanicie andina escenario de la narrativa más clásica de Bolivia, pasando instancias más selváticas representativas del oriente del país, y llegando hasta el desprendimiento del territorio y la entrega de los personajes a un nuevo destino geográfico abierto: el espacio exterior. Su novela más famosa, *De cuando en cuando Saturnina* (2004), narra los viajes interestelares de Saturnina Mamani Guarache, en una cruzada feminista que interroga las estructuras patriarcales del poder, aun cuando ese poder se revista de rebelión indígena. Por otra parte, en su última y muy leída novela, *Catre de fierro* (2015), Spedding indaga en la arremetida del capitalismo en las sociedades indígenas y la inexorable corrupción que su sistema de valores acarrea. Como señala Rivero al respecto, “si bien esta novela no posee el énfasis lúdico de la ciencia ficción que le da el ánimo singular a sus anteriores textos, funciona también como una distopía en la que el trastorno de la vida comunitaria y su conversión en un mundo moderno e infinitamente salvaje operan sobre el sujeto para mutilar sus vínculos y conducirlo a una desesperanzadora posthumanidad” (2017: 172).

En la obra de **Adolfo Cárdenas** (1950), narrador paceño de larga trayectoria pero que quizás consiguió su momento de mayor vigencia en la última década, el escenario más visitado es la periferia de la capital boliviana, los barrios baratos, populosos y populares, en los que se genera una dinámica de supervivencia ligada al instinto, en los que los personajes conviven de cerca con violencia, alcoholismo, una cultura pop global ultra saturada de variaciones étnicas regionales y una serie de formas de lenguaje que reinventan ese espacio

particular como un motor generador de mundos. Su primera y hasta la fecha única novela de largo aliento, es una suerte de best-seller boliviano, *Periférica Boulevard* (2004).¹² La historia se concentra en una pareja de oficiales de policía de bajo rango encargados de resolver el asesinato de una pequeña figura contracultural local —un DJ—, pero el rasgo central del libro es su capacidad de recorrer los barrios marginales de la capital y la noche paceña. Como indica Zelaya, en ese punto “más allá de la presencia casi ubicua del alcohol y lo marginal: delincuentes avezados o de poca monta, mendigos, drogadictos, prostitutas, etc.”, aparece la gran figura de la novela, “el punto neurálgico”: el lenguaje, la verbalidad del submundo de la delincuencia y la marginalidad (2017: 137).

Edmundo Paz Soldán (1967) es quizás el más conocido de los actuales narradores bolivianos. Nacido en la ciudad de Cochabamba, sobre la que escribió en novelas como *Río fugitivo* (1998), Paz Soldán propone una variopinta serie de escenarios para sus historias, una apertura del espacio tal que vale tanto por la multiplicidad de geografías como por la superposición de escenarios que no consagra ninguno: la propia Cochabamba, La Paz y Santa Cruz, ciudades anónimas varias, ciudades de otras partes del mundo, la frontera entre Bolivia y Brasil, la frontera entre México y Estados Unidos, el espacio exterior y mundos inventados en la línea de la ciencia ficción o fantasía distópica. Paz Soldán, además, como miembro de la llamada “Generación McOndo”, personifica un tipo de literatura que, por lo menos en sus inicios, en la década de los noventa, se caracterizó por rechazar la versión exotizante de América Latina que proponía el realismo mágico y decidió, en su lugar, concentrarse en la cultura pop y las realidades disparejas de las urbes del continente. En novelas representativas suyas como *Norte* (2011) o *Los días de la peste* (2017) pueden apreciarse estas características todas, junto a un desplazamiento arriesgado a espacios y coordenadas que nos hablan de una trayectoria descentrada, rizomática, con múltiples focos de enunciación y diversas marcas de experiencia. Esta estrategia expansiva y difuminada tiene que ver con lo que Rivero califica como una

12 Pese al buen momento editorial que vive la narrativa de ficción en Bolivia, y al mayor número de producciones, de autores y de lectores que conforman la cadena del libro en el país, en Bolivia la “industria” del libro es todavía una criatura muy pequeña, casi artesanal.

multiplicación de Bolivia, que Paz Soldán propiciaría “poniendo en funcionamiento esa operación creativa que es tan común en otras tradiciones latinoamericanas y que consiste justamente en contar el país desde un lugar que no es el país” (2017: 156). Representación dislocada o espectral de unas coordenadas que no pueden replicarse, la obra de Paz Soldán se constituye en una de las formas narrativas más interesantes de problematizar el espinoso concepto de nacionalidad —o plurinacionalidad— en Bolivia.

Magela Baudoin (1973) es una escritora, una más de las narradoras que se bolivianizaron luego de nacer en distintas coordenadas, esta vez en Venezuela. De obra todavía breve, es autora de tres libros: *Mujeres de Costado*, libro de entrevistas a figuras femeninas bolivianas (2010), *El sonido de H*, novela (2014) y *La composición de la sal*, libro de cuentos (2014). El derrotero geográfico que presentan estos libros puede circunscribirse a la imagen administrativa de Bolivia, a sus principales ciudades como La Paz y Santa Cruz, pero también a un espacio rural emancipador, transformado, capaz de decir o empezar a decir cosas nuevas desde la intuición o la experiencia inmediata. La narrativa de Baudoin reproducen el drama de las injusticias sociales de las distintas dimensiones de una Bolivia “que es todo, menos homogénea y previsible. En ese sentido, Baudoin se desmarca tanto de lo que falazmente se esperaba de la narrativa boliviana como de las tendencias latinoamericanas en boga”. En ese sentido, como afirma Rivero, “al igual que la mayor parte de la narrativa boliviana escrita durante esta última década se deslinda de las representaciones del siglo xx, aunque de tanto en tanto retoma los cabos sueltos de ciertos tópicos para trastornarlos a través de otras formulaciones y tratamientos” (2017: 174), como la fantasía y la ciencia ficción.

Desde Santa Cruz **Liliana Colanzi** (1981) y desde Cochabamba **Rodrigo Hasbún** (1981), aunque ambos desde el extranjero hoy, exploran mundos que van desde la intimidad del cuerpo y la sexualidad y la familia, hasta la historia boliviana que se desarrolla en sus grandes espacio abiertos, ya no con al altiplano andino como escenario de acción sino privilegiando las selvas y las llanuras del oriente del país, y el Gran Chaco —el mismo escenario de la guerra que inauguró el siglo xx en Bolivia— como centros productores de una nueva sensibilidad y una nueva forma de conocimiento, a veces ligado a la experiencia indígena. Con *Vacaciones permanentes* (2011) y

Un mundo muerto (2017), dos breves libros de cuentos de excelente acogida, Colanzi plantea una versión desplazada del mestizaje nacional —uno de los grandes temas no solo de la narrativa de ficción sino también de la ensayística boliviana de todos los tiempos, desde aquella producida por los letrados de inicios de siglo xx hasta la contemporánea—, sino que se abre a otra en las figuras del indio y el blanco, sino que se abre a otro tipo de fusiones, con lo animal, lo vegetal, lo monstruoso, lo alienígena, etc. Hasbún, por su parte, autor de novelas multitraducidas como *El lugar del cuerpo* (2009) y *Los afectos* (2015), construye un universo definido por las tensiones y expresiones de la intimidad humana, la crueldad, la sexualidad, la vulnerabilidad, con una notable economía verbal que es capaz sin embargo de explotar de sentidos. Como arguye Zelaya, se trata de un “estilo concreto, veloz que, no obstante, no deja resquicios a una sólida trama relatada a un vertiginoso ritmo” (2017: 143), y que se concreta como una de las propuestas más atrayentes e influyentes de las narrativas bolivianas contemporáneas, ya que ha producido una serie de emuladores dentro de Bolivia.

Desde La Paz, **Wilmer Urrelo** (1975) y **Juan Pablo Piñeiro** (1979) son dos narradores que han dedicado sus obras, sendas novelas y libros de cuentos, mayoritariamente en exclusiva a la ciudad capital de Bolivia, con puntos de vista similares, concentrados en cierta veta marginal que podría leerse en la estela del trabajo de Adolfo Cárdenas —y este, a su vez, en la estela del trabajo de Jaime Sáenz, figura fundamental de la literatura boliviana—. Sin embargo la obra de Urrelo, sobre todo sus premiadas novelas *Fantasmas asesinos* (2007) y *Hablar con los perros* (2011) se concentran en la criminalidad y la violencia como modos aparentemente extremos pero en realidad nucleares de la experiencia humana. Su escritura recorre las calles y barrios de la ciudad paceña y de la historia nacional, pues se desplazan al escenario iniciático del Chaco y al acontecimiento fundacional de la guerra de 1932, y al hacerlo configura un espectro vivo que se tensiona entre recovecos de pasión ciudadina y lances abiertos con la historia de la literatura y la historia boliviana. Por otra parte, autor de dos novelas a su vez, *Cuando Sara Chura despierta* (2003) e *Illimani púrpura* (2010), Piñeiro ofrece una mirada penetrada por pulsiones míticas del mismo espacio urbano, y en su hasta

la fecha único libro de cuentos, *Serenata cósmica* (2013) empieza a concentrarse también en las selvas del oriente del país como centros generadores de sentidos y rectores de la experiencia humana. La narrativa de Piñeiro, plena de localismos y giros de lenguaje que no permiten dudas sobre su procedencia, se propone también como plataforma donde se tensionan pulsiones religiosas y folclóricas sincréticas, que condensan el choque de culturas del mestizaje y su capacidad generadora de grotesco, de figuras mítico-populares y de humor.

Finalmente, desde Montero, **Giovanna Rivero** (1972), es autora de varias novelas y libros de cuentos, entre los que se destacan *Tukzon*, *historias colaterales* (2009), *98 segundos sin sombra* (2014) y *Para comerte mejor* (2015). La narrativa de Rivero es plástica, flexible, envolvente, y se desarrolla en una multitud de tiempos y espacios, desde pequeños pueblos en el oriente boliviano en la década de 1980, hasta mundos imaginarios en un futuro especulado. La variedad de sus registros, que van desde un realismo intimista hasta la ciencia ficción distópica, recuerdan el registro de Paz Soldán, otro narrador de amplios horizontes temáticos. Aunque quizás una de las marcas particulares del trabajo de Rivero sea un trabajo más dedicado con el rango estético del lenguaje, ya que mucha de su narrativa puede leerse como poemas en prosa, pequeños artefactos narrativos abiertos a la estética salvaje de lo poético y también de lo especular y de lo intuido. Se trata de una escritora que condensa, quizás mejor que ninguno, el proceso de desterritorialización e internacionalización, la dinámica de diversificación hacia adentro y hacia fuera, el juego perverso de la representabilidad que no quiere pensarse como representativa de la nueva narrativa boliviana.

5.

Hay en el país varios escritores, y muy buenos, es cierto; hay novelistas y cuentistas que hoy escriben y que, de alguna manera, consiguen renovar formal y temáticamente los géneros, pero creo que este nuevo siglo no nos ha dado, todavía, un libro boliviano que, verdaderamente, nos ofrezca la posibilidad de pensar de forma distinta, de forma generativa. La actualidad nacional hasta ahora no nos ha ofrecido un objeto que, sin abandonar sus características

esenciales, es decir, las de ser, ante todo, un complejo aparato ficcional que crea su propia realidad y nos dice algo sobre la nuestra, instituya además una nueva manera de decir nuestra historia colectiva, de plantear nuestro futuro y de mostrarnos algo verdaderamente nuevo, algo que antes no existía en el mundo. Hay más. Como todo momento de diversificación, el que vive la narrativa boliviana contemporánea es un momento de definiciones. Después de la dispersión llegarán seguramente algunas certezas. ¿Cuáles son los nombres que de aquí a veinte o treinta años perdurarán y serán considerados como nuevos clásicos o, por lo menos, como autores importantes, representantes involuntarios de una época o una corriente o un estilo que dejó huella? ¿Qué autores y qué estéticas sobrevivirán en nuestro imaginario lector como instancias de privilegio, como obras que vuelvan a ocupar un lugar central en la mesa que hoy está vacía?

Estas preguntas no tienen hoy una respuesta clara, pero quizás podamos decir, para volver al punto donde empezamos este ensayo, que la clásica pulsión representativa de la narrativa boliviana, la que asocia la práctica literaria con el esfuerzo de comprender y darle sentido a ese colectivo plurinacional que se llama Bolivia, parece haber cesado. O, por lo menos, parece haberse modificado de forma radical, quizás por la diversificación hacia adentro y hacia fuera que experimenta la narrativa contemporánea del país desde principios del nuevo milenio. Esta no es una certeza, desde luego, es apenas una impresión. Pero parece, como Wiethuchter anticipaba de forma notable a finales de los ochenta del siglo pasado, que “en lo que respecta al mundo literario boliviano, el proceso de identificación que se expresa como conciencia nacional ha cesado” (1985: 179).

Bibliografía

- ALMADA GONZÁLEZ, Magdalena (comp.) (2012): *Sujetos y voces en tensión. Perspectivas para pensar la narrativa boliviana del siglo xx y xxi*. Córdoba: Imprentica.
- GARAY VERA, Cristian y Juan E. Mendoza Pinto (2015): “El choque de dos imaginarios geopolíticos en Bolivia. La Guerra del Gas”, en *Si somos Americanos. Revista de estudios transfronterizos*, vol. XV, 1, pp. 115-139.

- KLEIN, Herbert (1989): *Parties and Political Change in Bolivia 1880-1952*. Cambridge: Cambridge UP.
- KOMADINA, Jorge (2018): “Hábitos de lectura”, en *La Razón*. La Paz, 26 de diciembre. http://www.la-razon.com/opinion/columnistas/lectura-habitos_0_3063893672.html (03/11/2019).
- Nueva Constitución Política del Estado – Bolivia, 2009.
- RIVERO, Giovanna (2017): “Descubriendo el tupido velo de la mediterraneidad” en *Un río que crece. 60 años en la literatura boliviana. 1957-2017*. La Paz: Asociación de Bancos Privados de Bolivia, pp. 115-152.
- SANJINÉS, Javier (2013): *Embers of the past. Essays in Time of Decolonization*. Durham: Duke UP.
- SIN FIRMA (2019): “Bolivia ocupa el sexto lugar en acceso a internet entre los países latinoamericanos”, en *Los Tiempos*. Cochabamba: 16 de mayo. <https://www.lostiempos.com/tendencias/tecnologia/20190516/bolivia-ocupa-sexto-lugar-acceso-internet-paises-latinoamericanos> (03/11/2019).
- (1970): “Escritores del pasado: Armando Chirveches”, en *Kollasuyo. Revista de estudios bolivianos*, 72, pp. 54-55.
- WIETHUCHTER, Blanca (1985): “Propuestas para un diálogo sobre el espacio literario boliviano”, en *Revista Iberoamericana*, vol. 52, 134, pp. 165-180.
- ZELAYA, Martín (2017): “Cambio de ritmo”, en *Un río que crece. 60 años en la literatura boliviana. 1957-2017*. La Paz: Asociación de Bancos Privados de Bolivia, pp. 115-152.